

¿Existe América Latina?

Pedro Trigo

CRITERIOS DE COMPROBABILIDAD

Existe América Latina (AL) si hay un conjunto de personas que se sienta latinoamericana (es decir que cada persona se caracterice por este rasgo y reconozca a las otras, diferentes, como integrantes de este conjunto). Pero esta autodesignación no es suficiente. Lo decisivo es el mutuo reconocimiento efectivo, que acontece en relaciones en los diversos ámbitos de la realidad histórica (económico, político, familiar, religioso, artístico...). Estas relaciones expresan que sus sujetos se hacen cargo de AL y a su modo cargan con ella. Este conjunto de relaciones origina un cuerpo social, que es el sujeto de AL. Es este cuerpo social quien, a través de las relaciones que lo constituyen, posee un conocimiento vivo, interno de la realidad latinoamericana. Al trerla entre manos, la reconoce y la transforma. De esta realidad histórica de AL brota su futuro, es decir lo que ha de ser hecho por este cuerpo social como composición de proyectos en marcha (convergentes, contradictorios, dispares).

Naturalmente que podríamos referirnos a la lengua, la religión y multitud de costumbres y monumentos que expresan la existencia de una cultura multiseccular. Normalmente a esto se remiten quienes se refieren a nuestro tópico. Pero todo eso sólo existe para nosotros en la medida en que nos hacemos cargo de ello. El pasado sólo es pasado de un cuerpo social en cuanto que éste acepta encargarse de él. Si no, el vínculo es

únicamente objetivo, no una relación real. El sujeto que carga con su pasado no es un sujeto individual sino colectivo. Y cargar con el pasado es establecer relaciones con otros sujetos contemporáneos. En caso contrario se trata de una relación que cosifica al pasado reduciéndolo a la categoría de inventario para contemplar o almacenar. El pasado como momento de la realidad histórica tiene siempre portadores vivos: es una tradición que es entregada y recibida creativamente a través de relaciones que implican un reconocimiento mutuo. Estas relaciones vuelven coetáneos a quienes las entablan, y fundan un cuerpo social. Así pues volvemos al indicador de las relaciones que expresan el reconocimiento efectivo como miembros de una comunidad viva. En nuestro caso latinoamericano ¿se dan en un grado apreciable? ¿involucran a un número mínimo de personas?

DESINTEGRACION

Pues bien, si afirmar la existencia de AL es afirmar que se dan los criterios de comprobabilidad en una medida apreciable, podemos concluir que esta existencia no es evidente ni mucho menos contundente. Lo menos que podemos afirmar es que es problemática.

Para empezar por lo más claro, podemos convenir en que la mayor parte de los que habitamos en AL nos denominamos latinoamericanos, reconocemos a los demás esta calidad y así somos designados por los que habitan otras regiones del globo, empujando por nuestros vecinos de USA y

por los europeos, cuna de una de las estirpes que nos configuran como realidad histórica. Pero ¿qué sustancia, qué calidad, qué futuro encierra esta denominación?

Arribamos al año 2000 bajo el signo de la unificación del mundo desarrollado (el Occidente y el Oriente occidentalizado). El 1992 es un hito para la constitución de Europa como sociedad de naciones. Sin embargo ese año, que marca el quinto centenario de AL (en cuanto latina), nos sorprende a los latinoamericanos profundamente desintegrados, tanto en el interior de cada país como de un país con otro y de todos como conjunto. Desintegrados, somos profundamente dependientes. Y quienes nos explotan económicamente y nos subordinan políticamente hasta realizar impunemente intervenciones militares imperialistas, a nivel de ideología prescindien de nosotros; es decir que la relación que mantienen con nosotros no es para ellos fuente de reconocimiento porque no nos consideran sujetos dignos, iguales a ellos y libres, y por lo tanto nos objetualizan, nos cosifican. Como reflejo de este trato que mantienen con nosotros aquellos que estimamos como paradigmas, en cada país hay clases mayoritarias, regiones y razas que son explotadas, subordinadas y marginadas por otras. Y lo mismo sucede como países y regiones respecto de otros.

AMERICA LATINA NO EXISTE NI DEBE EXISTIR

¿Qué concluimos de esta constatación? Hay conductores nacionales que sacan la conclusión de que AL no existe ni debe existir como realidad histórica. Las regiones, razas, clases y hasta países más dinámicos de la zona deben reclamar su filiación occidental para entrar en ese bloque al precio que sea. AL debe transformarse, como USA, en una provincia más de Occidente (o debe integrarse a USA para constituir, como Estados Unidos de América, su región más rica y fuerte). A este propósito hay que sacrificarlo todo.

Este es el objetivo confeso del proyecto neoliberal, que por eso es un proyecto dictatorial cuyo sujeto es la

raza blanca modernizada que posee o gerencia los medios de producción, los Estados y los Medios de Comunicación Social. Claro está que admite a miembros de otros orígenes; pero las plazas son limitadas y las condiciones drásticas: modernización como blanqueo integral.

Desde esta perspectiva la celebración de los 500 años de la presencia del Occidente en AL significa dejarse de contemplaciones pseudohumanistas; de telurismos románticos y de pluriculturalismos antihistóricos, y lanzarse de una vez por todas a la colonización integral de lo aprovechable y redimible, dejando lo demás abandonado a su suerte, aunque confinado y sometido para que no perturbe y disciplinado por el trabajo (la única escuela del siervo por naturaleza, como cuerdamente dijera Aristóteles). Aunque desde este proyecto no está el tiempo para celebrar sino para recuperar decididamente el tiempo perdido, ya que estamos en la hora del último tren de la historia.

¿Significará el 1992 la liquidación simbólica de AL como realidad histórica deferenciada para convertirnos en ciudadanos sin más de la aldea planetaria, es decir del Occidente mundializado? Es una posibilidad real ya que cuenta con el sujeto que la está poniendo en práctica. Así que podemos afirmar que es una realidad en ciernes, si es que sus fautores tienen éxito, tanto porque sean capaces de llevar sus planteamientos a la práctica y ésta los convalide, cuanto porque no surjan otros proyectos concurrentes que los obliguen a componerse con ellos. ¿Existen esos proyectos?

ES PENSABLE QUE LOS INDIGENAS SE CONSTITUYAN EN CUERPO SOCIAL

La proximidad del 92 ha servido de catalizador para que se reactivaran y salieran a la luz pública los proyectos indígenas. Además de los círculos de especialistas, sólo ellos y la Iglesia católica se están movilizando alrededor de esta fecha. Rompiendo las formidables barreras de su confinamiento a lugares remotísimos, su dispersión y su falta de reconocimiento po-

lítico y de recursos económicos, los indígenas se vienen reuniendo sistemáticamente y llegando a conclusiones bien concretas. ¿Hay condiciones de posibilidad para que superen el nivel declarativo? ¿Son algo más que un grito: de afirmación, de denuncia, de exigencia? En primer lugar hay que decir que son palabras que tienen la contundencia de su racionalidad. En segundo lugar existe el sujeto que las emite. Es decir que los indígenas, afirmando la especificidad de sus respectivas etnias, se reconocen entre sí como indígenas y empiezan a constituir, por mediación de sus líderes, un sujeto colectivo. Esta es una formidable novedad histórica ya que la entrada de los ibéricos fue posible porque tomó la forma de guerras entre indígenas que de ninguna manera se reconocían parte de un conjunto frente a los venidos de Europa.

Hoy no es posible una unidad de acción indígena. Saltan a la vista las dificultades de toda índole. Sin embargo existe, como punto de partida invaluable, la comunidad, como célula viva de los pueblos indígenas. Acosada, intervenida, a veces degradada y en proceso de descomposición; pero, tras cinco siglos, existe aún. Existe también, sobre esta base, la decisión de los líderes reales de estas comunidades vivas. Es posible y aun probable que esta decisión ponga en marcha capacidades que engendren posibilidades que puedan ser realidades en un futuro pensable.

¿Qué propugna el proyecto indígena? Aún es prematuro intentar su diseño ya que el sujeto que tiene que concebirlo todavía está en ciernes. Sin embargo, por lo que aflora en los encuentros de los líderes, se esbozan dos direcciones. La que parece hoy por hoy mayoritaria tendería a hacer verdad la constitución de Las Indias sin las limitaciones de concepción y ejecución que tuvo en la época colonial (nos referimos obviamente al contenido de la propuesta, no decimos que está sea la formulación ni el propósito de los líderes indígenas). Las Leyes de Indias contemplaban la existencia de las Repúblicas de indios y la de los españoles, con constituciones y leyes diferenciadas según tradiciones e índoles, incluso con lugares e institucio-

nes propios de cada República, aunque dentro de un mismo Estado. Dentro de este diseño, hoy se haría énfasis en la comunicación y permeabilidad, pero en rigurosa igualdad de derechos y deberes y con idéntico rango de ciudadanos, no en el papel sino en la práctica; y para hacerlo verdad, representantes genuinos de ambas "repúblicas" elaborarían el diseño y liderizarían su puesta en marcha. Otra corriente, sin embargo, exigiría hacer valer su derecho de anular de una vez por todas lo que significó el 1492 como toma de posesión de América por parte de los europeos; y ya que no es posible borrarlos de este territorio, exigiría demarcar zonas extensas en las que la autodeterminación amerindia fuera total. Sin que esto niegue la posibilidad, ulterior, de entablar relaciones o pactos con los pueblos criollos.

Por lo que a ellos mismos atañe, es pensable que los indígenas se constituyan en cuerpo social, internamente diferenciado en etnias y con sólida unidad de acción. La pregunta es si los que no lo somos les daremos lugar, los reconoceremos, entablaremos con ellos un tipo de relaciones simbióticas, que no sólo permitan sino que estimulen su existencia como pueblos indígenas. Para la mayor parte de los líderes indígenas la composición con el Occidente no es sólo un señuelo, casi irresistible para su gente, sino más profundamente una condición de posibilidad para su existencia como pueblos, a condición de que puedan participar de este intercambio en calidad de sujetos (individuales y colectivos) libres y responsables.

CRISIS DE LA CULTURA CRIOLLA Y SALIDAS EN MARCHA

La cultura criolla es aún la cultura vigente. En trance de ser desplazada por la cultura de masas, todavía mantiene sin embargo su pretensión de forjadora de AL y garantía de su unidad y su destino. Ella está ligada a las nociones de nación y Estado, y se expresa a través de instituciones tan variadas como los partidos políticos, las Fuerzas Armadas y el sistema educativo. Su sustancia es la misma que

caracterizara Simón Bolívar: "un origen, una lengua, unas costumbres y una religión" (Carta de Jamaica). Esta cultura se autoentiende como la cultura general latinoamericana, que se compone con las otras, que considera y acepta como particularidades locales subordinadas. Más aún, se auto-define como mestizada, ya que acepta como componentes de sí misma, en condición de recesivos, los orígenes indígenas y africanos con sus correspondientes lenguas y costumbres. Pero no es una cultura mestiza ya que, a pesar de o en medio de sus otros componentes, mantiene la filiación occidental sin solución de continuidad. Pero, eso sí, se define como americana, con historia propia y derechos adquiridos en este continente, que es ya de un modo irrenunciable su patria (terra patrum).

La crisis de las instituciones criollas, que se globaliza como crisis del Estado y de los partidos, y la crisis de las costumbres, ideales y códigos criollos, que se plasma por ejemplo en la crisis del sistema educativo, son índice elocuente de la crisis del proyecto criollo y de sus portadores históricos. Pero el que esta crisis, a diferencia de lo que sucedió en décadas pasadas, se procese, con el consenso de todos, desde dentro de las propias instituciones, expresa también la vigencia del legado criollo y el acuerdo que hay en transformarlo profundamente para salvarlo.

Es obvio que el sujeto criollo o acriollado no tiene suficiente prestancia como para idear estas transformaciones y menos aún para comandarlas. Y sin embargo resulta igualmente evidente que nada podrá intentarse con éxito sin su concurso. Una parte de este sujeto criollo (tal es el caso patético de no pocos políticos, empresarios e intelectuales oficiales) siguen procediendo como si nada pasara, enfrascados en su retórica, sus pleitos y sus triquiñuelas de siempre.

Al intentar desesperadamente impedir cualquier cambio, se están cayando su tumba. Otra parte de los criollos desde hace dos siglos y de un modo peculiar en nuestros días están convencidos de que hay que dar la espalda a la historia vivida en AL (a la que consideran como una enfermedad, una pesadilla, una monstruosa equivocación), es decir a su condición criolla (que les significa una traba), para pa-



sar a ser meramente occidentales, definidos exclusivamente por los parámetros de la hora (del ahora occidental que es el que la marca). Parte, sin embargo, de los criollos luchan por asumir esos elementos, pero desde el espacio-tiempo latinoamericano (es decir desde su cuerpo social internamente diferenciado y su historia, con pretensiones, potencialidades y contradicciones no resueltas). Estos, en definitiva, propugnan un proyecto mestizo.

PROYECTO MESTIZO: UNA POSIBILIDAD EN CIERNES

El heredero piadoso

El proyecto mestizo es el que puede dar cohesión a A.L. El mestizo es el heredero piadoso que se hace cargo de su padre y de su madre, que los lleva en su corazón y en sus espaldas; y el que por eso puede reconocer también a los de su madre y a los de su padre, a sus comunidades vivas y a sus proyectos. Existen, claro está, muchos mestizos que no se aceptan como tales y se definen únicamente por la cultura criolla o por la occidental transnacionalizada que han asimilado más o menos. Ellos, al no reconocer parte de su ser, tampoco pueden mediar entre los diversos componentes históricos; son meramente intermediarios que bajan el proyecto criollo o el occidental transnacionalizado a los indígenas, afroamericanos y mestizos, desconociendo sus propias culturas o por mejor decir sirviéndose de su conocimiento interno de ellas para penetrarlas y desarticularlas y para internalizar en ellas aquella que representan.

Porque en A.L., a nivel de paradigmas culturales, todos tenemos un Padre Blanco y una Madre Indígena y Negra, independientemente de quienes sean nuestros progenitores biológicos; esto vale incluso para muchos hijos de emigrantes o para muchos indígenas o negros. No es este el lugar para explicar este símbolo. Baste para lo que pretendemos añadir que según nuestra hipótesis sólo son posibles dos elecciones y que además es ineludible hacerlas: podemos optar por la Madre o por el Padre. Pues bien, si optamos por el Padre, optamos por lo peor del Padre y lo peor de la Madre; y si optamos por la Madre optamos por lo mejor del Padre y lo mejor de la Madre.

Este último es el proyecto mestizo, que para salvar a la Madre se ve obli-

gado a redimir al Padre de su condición de explotador y violador, potenciando sus mejores cualidades de valentía, fortaleza e inteligencia; y a la vez a estimular la dignidad, la conciencia de sujeto, la capacidad de resistencia, la ternura y generosidad de la Madre, liberándola de su resignación y connivencia. Por ejemplo en política optar por el Padre significa optar por retener a toda costa los privilegios inveterados y neutralizar al pueblo con el clientelismo y la represión. Optar por la Madre quiere decir poner todos los esfuerzos en mejorar las condiciones dadas aumentando la productividad y estimulando al pueblo mediante redistribución justa y servicios dignos que lo capaciten, de manera que todo el cuerpo social se ponga en movimiento hacia metas que traigan provecho para cada sector y trascendencia para todos. Desgraciadamente no es esta la alternativa que hoy por hoy tiene vigencia. Pero eso no significa que haya sido descartada. Por el contrario se materializa en multitud de proyectos concretos que hacen pensar razonablemente en la posibilidad de A.L. y también en su existencia real, aunque en ciernes.

Ausencia de paradigmas mestizos

El proyecto mestizo arranca del descubrimiento de la propia novedad en cuanto seres humanos. Autorreconocimiento y reconocimiento en los otros. Todavía los paradigmas vigentes (tanto el dominante como el recesivo) están acuñados sobre los rasgos de los componentes y tienden a comprender al mestizo de un modo hylético, resolviéndolo en sus elementos. Este mecanismo se emplea para explicar temperamentos y conductas individuales, costumbres de diversos grupos, el funcionamiento (o la falta de funcionamiento) de instituciones y aun la supuesta idiosincracia del subcontinente como conjunto.

No resulta fácil de explicar cómo después de tantos siglos se hayan acuñado tan pocos paradigmas mestizos. Se utiliza mucho la palabra mestizaje y mestizo. Pero, si analizamos la manera concreta como se usa, casi siempre se refiere a una realidad cultural de filiación inequívoca (occidental, a-

merindia o negra), con algún rasgo perteneciente a otra cultura. Es decir a lo que definíamos como mestizado, para distinguirlo de lo mestizo que entendíamos como lo que se presenta con tal grado de novedad que no se resuelve en sus elementos (en química diríamos que es una combinación, no una mezcla). Y no es que no existan a muy diversos niveles realidades mestizas en Latinoamérica. Es lo que más abunda. Pero es una realidad que todavía no ha encontrado lugar social ni conciencia refleja. Por ejemplo, cuando un mulato en proceso inconsciente de blanqueo cae en cuenta del empobrecimiento y mutilación que está llevando a cabo consigo mismo, tiende a asumirse como negro. Es explicable como movimiento pendular; pero, si esta dirección se perpetúa, persiste el encubrimiento y la mutilación. Se escribe que en Brasil hay más de cincuenta millones de negros ¿Significa que estos cincuenta millones son culturalmente negros? Pienso que la mayor parte son mulatos. Pero resulta más contundente identificarlos como negros. Este término no es tanto un descriptor cuanto el catalizador de un proceso, un banderín de enganche, el grito de una causa. El presupuesto es que lo mestizo no tiene perfiles netos ni lugar determinado. Es ubicuo y por lo mismo impreciso. ¿Por qué?

Antes de su emancipación, los criollos eran a nivel latinoamericano el grupo minoritario. Lo que más abundaba eran las castas, es decir los mestizos, y luego, tal vez paritariamente, aunque muy desigualmente distribuidos, los indígenas y los negros. Sin embargo la propuesta criolla consistió en invisibilizarse ellos mismos: criollo es ya el nacido o criado en América, sea cual sea su sangre y cultura. De este modo ellos, que eran la minoría, pasaron a designar a la totalidad. El epónimo tuvo fortuna y así criollismo se ha ligado a nativismo, a lo propio de la tierra; el criollo es el autóctono. Los indígenas, sin embargo, han mantenido la designación original: llaman criollo al que pertenece a la cultura occidental americana, al que vive inserto en la institucionalización que implantaron los ibéricos. El equívoco se cultivó sobre todo en la

época del populismo en la que los gobernantes (en buena medida mestizos blanqueados) asumieron el poder desde partidos autodenominados populares y pretendiéndose representantes genuinos del pueblo. De esta manera estos occidentales mestizados, mediante la ideología política, el sistema educativo y los Medios de Comunicación Social, ocultaron el pueblo a sí mismo impidiéndole asumir su condición y cultura mestiza. También las décadas de revoluciones adolecieron de esta mistificación, ya que, en medio de su enorme mística y generosidad, las doctrinas revolucionarias también blanqueaban ya que se entendían meramente como aplicación de lo elaborado en el Occidente.

El mediador

Al referirnos al Padre y a la Madre ¿no hemos seguido nosotros el mismo camino de explicar al mestizo por sus componentes? Creemos que no. Hemos propuesto la opción por la Madre. Ahora nos preguntamos ¿quién llega a ser el que opta por la Madre? La respuesta parecería obvia: llega a ser hijo. Y sin embargo no es así. Quien opta por la Madre se hace hermano. "Hermano de hombre soy" decía de sí Rendón Willca, uno de los personajes de Arguedas que encarnan de un modo eximio esta opción.

Caracterizarse como hermano no es en rigor una posibilidad cultural; puede constituir un rasgo utópico de una cultura; pero como caracterización de una praxis es un elemento transcultural, más aún (dentro de la perspectiva cristiana) es un elemento rigurosamente trascendente. ¿Qué afirmamos, pues, al decir que el mestizo que opta por la Madre se hace hermano? Significa una manera muy peculiar de enfrentarse a la realidad latinoamericana con todo su espesor histórico. En primer lugar reconoce la diversidad y la mantiene como tal. Al no sentirse incómodo con ella, al aceptarla como riqueza, no intenta reducirla a un común denominador; por el contrario desea que la diversidad se mantenga. En segundo lugar se hace cargo de las oposiciones, tantas veces antagónicas, que están basadas en la falta de reconocimiento de los otros:

el capital desconoce al trabajo y en correspondencia el trabajador explotado trata de dar lo menos posible; las instituciones criollas ignoran los derechos del pueblo porque aún los consideran como los vencidos y siguiendo la misma lógica el pueblo se desprecia a sí mismo; los Medios de Comunicación Social, desprecian y marginan a las culturas y razas no occidentales, incluso posponen a la criolla... No minimiza estas oposiciones: sabe por experiencia íntima que causan sufrimientos, violencia y muerte, en gran escala. En tercer lugar rechaza procesar estas oposiciones de tal modo que descomboque en el desconocimiento y anulación de cualquier conjunto de sujetos históricos. No acepta la salida martirial: conservar la dignidad aunque nos quiten la vida. Ni la prevalencia en la guerra a muerte: hemos derrotado a los enemigos del pueblo: han muerto, han huido o se han sometido a nuestras condiciones. Sabe que hay dilemas ineludibles (es hermano por optar por la Madre y no por el Padre), pero rehúsa dilematizarlo todo. No todo se puede componer, pero sí nos podemos componer todos, si lo de cada quien no es absoluto. El considera que el absoluto que es cada ser humano sí puede componerse con el absoluto que son los demás. Más aún considera que al componerse con los otros alcanza su condición humana verdadera, genuina y plena: su condición de hermano. Se hace hermano al mediar en los diversos niveles de la realidad. En el económico: mi provecho y tu provecho. En el político: democracia de participación. En el ideológico: derecho a la diferencia y diálogo intercultural. Y así en los demás campos. La mediación se hace cargo de las condiciones reales y por eso está dispuesto a pagar el precio de la gradualidad, transigiendo con dosis decreciente de injusticia, que nunca cesarán del todo.

Desde abajo

Pero en el proyecto mestizo esta mediación tiene un lugar incanjeable: desde la opción por la Madre. Ese es para el proyecto mestizo el único lugar posible de universalidad, en el sentido preciso de aceptación de to-

dos. En este punto capital difiere este proyecto de los proyectos occidentales (tanto el americano o criollo como el transnacionalizado). Ellos son elitistas, aristocráticos: para ellos el bien de los de arriba es a la postre el bien del conjunto. La explicación es la darwiniana: el bien de la especie pasa por la prevalencia de los mejor dotados. En esta lógica la universalidad significa la apropiación de la cualitativo que hay en cada cultura con prescindencia de sus sujetos. El entendimiento occidental, dice Aristóteles, se hace de algún modo todas las cosas. Ese es el sentido, en frase de Terencio, del humanismo occidental: soy hombre y nada humano me es ajeno. El occidental puede llegar a vibrar con todo, pero apropiándose, expropiándolo de sus sujetos o cosificando a éstos, según el método de la antropología. Se trata de la universalidad del sujeto occidental que reduce a objeto todo lo que existe para él y así se equipara con todo, dominándolo. La universalidad a la que aspira el proyecto mestizo no es de esencias sino de existencias concretas. Es la universalidad que se abre camino en la mediación. Por eso no comienza, por ejemplo, con la declaración de los derechos humanos sino con el reconocimiento práctico de que son seres humanos aquéllos reducidos a la condición de cosas por quienes proclaman solemnemente los derechos humanos.

La excelencia desde abajo

El reconocimiento de los no reconocidos (que entraña la opción por la Madre, como único camino para el reconocimiento de todos) no significa la igualación por abajo, en el sentido peyorativo que suele darse a esta frase, de masificación, de generalización de lo chabacano, de lo no cualificado, de lo no cualitativo, el desprecio de la excelencia, la ausencia de lo espiritual. Decíamos, por el contrario, que la opción por la Madre entraña rescatar lo mejor de ella. Esto es así por dos conceptos. En primer lugar el reconocimiento de la Madre (de los de abajo) engendra en ellos autoestima, estimula su sentido de dignidad y pone en marcha sus mejores energías. En segundo lugar, que no hay reconoci-

miento sin el trabajo productivo de hacer lugar para aquél a quien se reconoce, con el concurso de él mismo, y esto exige desatar enormes dosis de creatividad. Ya que la falta actual de reconocimiento al pueblo en la cultura vigente deriva de que no hay lugar para él, si no se cambian las condiciones dadas, y la negativa al esfuerzo que implica este trabajo refuerza la falta de valoración que nace de prejuicios raciales y otros.

Uno de los elementos cualitativos que el mestizo tiende a reprimir al blanquearse y que libera y encauza al asumirse como mestizo es la expresividad corporal, la capacidad inagotable de simbolización que encierra su cuerpo y la riqueza de pulsiones que tienden a potenciar estos cauces. Tanto en la cultura occidental transnacionalizada como en la criolla este enorme caudal no tiene lugar social ni función reconocida y por eso es visto como peligro. En la cultura criolla tradicional se desarrollaba en el nivel ceremonial, tan relevante en esa cultura sacral, pero al secularizarse en el universo republicano, sólo encuentra salida privada, nocturna, traumática o degradada. Y sin embargo estas culturas, occidental y criolla, necesitan y desean desesperadamente eso que son incapaces de producir ni asumir por su carácter represivo, castrador, que sacrifica la vida a la productividad alienada. Si el mestizo reconoce y reasume en sí esta riqueza puede ofrendarla al Padre para sanarlo de sus demonios. Pero para eso tiene que ver ese mundo interno desde sí mismo, no desde el imaginario dicotomizado y pervertido de la cultura occidental.

El proyecto mestizo tiene tiempo por delante. Por eso no debe apurarse. No puede comenzar por el tejado, por la toma del poder, que es lo que al criollo y occidental transnacionalizado interesa, lo único a lo que concede relevancia. El proyecto mestizo debe afincarse en el autorreconocimiento y en las expresiones concretas de mediación. En la medida en que todo esto tenga relevancia social será posible hacer una política realmente nueva. Si no, será más de lo mismo: blanqueo. Lo mejor del Padre se asume de otro modo.